

CUANDO TE TOCA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 17

CUANDO TE TOCA

por

Ricardo García Mainou



*F*ICTICIA

MÉXICO
2009

CUANDO TE TOCA

D.R. © Ricardo García Mainou

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Instituto Queretano de la Cultura y las Artes
México, 2009

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: julio de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-7693-05-5

Impreso y hecho en México

Para Saúl

*Lo que más se teme,
lo peor en la vida,
sucede siempre de golpe,
sin que nadie esté preparado, por eso es lo peor,
porque uno se lo espera pero no tiene
tiempo de acomodarse y queda paralizado
y sin embargo obligado a actuar y a tomar decisiones.*

Ricardo Piglia, Plata Quemada

*Lo que no puede evitarse
debe ser bien recibido.*

William Boyd, Playa de Brazzaville

VIEJO AMOR

Antes de ir al cine, José me pidió que lo acompañara a una cita que tenía con un amigo en Denny's. Entramos en la fúnebre sucursal de Venustiano Carranza para encontrar a Manuel Mona esperando en una de las mesas, fumaba un cigarro mediante nerviosos resoplidos, sosteniéndolo en los labios con precario equilibrio. Con la mano derecha, daba vueltas a los contenidos de media taza de café.

José nos presentó, olvidando que ya conocía a Manuel Mona. Nos habíamos visto otras veces en reuniones como ésta. Mona es un tipo muy curioso. Estatura media, cara adusta —arrugada prematuramente—, con una generosa mata de pelo negro y bigote tupido a la Zapata. Usa lentes sin montura, lo que le da a su rostro una cualidad afectada, delicada. Casi siempre viste camisa blanca y corbata, aunque con la infaltable chamarra de cuero sobado. Tiene mirada huidiza, ojos entrecerrados que a veces se tornan húmedos a media conversación, como si lo embargara una emoción muy fuerte.

—Necesito consultarte algo importante —no nos acabábamos de acomodar, de sentir su blando apretón de manos.

—Qué pasó, Mona, ¿todo bien en casa? ¿Cómo va la piedad? —José lo miró con la sonrisa sardónica que destina a sus buenos amigos como tratando de prevenirlos de que no tomará nada en serio.

—Es una situación bastante rara.

—¿Qué van a querer los señores? —joven y guapa, raro en un Denny's.

—Café y molletes.

—Una Coca con mucho hielo —ése soy yo.

La mujercita se va mientras ladeo la cabeza para tratar de espiar debajo del corto uniforme naranja que se lleva, seguramente, mejores propinas que el servicio.

Okey, dime tú si lo que te voy a contar no te parece extraño. Estoy el otro día en la casa de Rosa, tomándome los consabidos tamales y café de los jueves, cuando me llaman de la oficina que hay un señor que quiere verme, que le urge. Ya saben cómo es esto de los bienes raíces, cuando te llaman de urgencia no queda más remedio que ir, no vaya a cerrarse una operación: nunca se sabe. Me fui volado a la oficina y me encontré en la recepción a un tipo de lo más simpático. Chaparro y viejito, con el pelo completamente blanco, más o menos gordo, guayabera blanca y sonrisa de oreja a oreja. Nunca lo había visto. Me acerqué para presentarme y él se levanta y me abraza.

—Joaquín, ¡qué gusto! Por fin te encuentro.

Temeroso de hacerle una grosería, uno nunca sabe si por un resbalón se te fue el nombre o la cara de alguien, algún compañero de borrachera o algo así, tú sabes, Pepe, seguro me estaba confundiendo con alguien. Miré a Lucy por encima y me hizo una mueca de que también estaba extrañada. Ni modo, pues le doy las consabidas palmadas en la espalda y lo invito a pasar a la oficina. Se sienta frente a mi escritorio y se me queda mirando a los ojos con una sonrisota.

—Carajo, Joaquín. Qué buen cuerpo te escogiste esta vez, te queda que ni pintado.

No sé porqué me ruboricé, me puse todo colorado como aquí mis ojos con la mesera. Se me fue el temor de hacer una grosería y de plano le dije con la voz más seria que pude que no lo recordaba, que yo era Manuel Mona, no Joaquín, y que quién era él, y para no sonar demasiado rudo también que en qué podía servirle.

—¿No te acuerdas de mí?

Le dije que francamente no.

—No tiene caso que te diga mi nombre, como tampoco que tú me digas que te llamas Manuel, de todas maneras mi nombre no te va a sonar para nada. Soy Eloísa.

—¡Eloísa! ¡Ah cabrón!

Tanto José como Mona me miraron distraídos por mi súbito exabrupto. Ese Mona siempre salía con cada cosa. Le pedí entonces a mi querida Lili, la chula se llamaba Lili, un club sándwich. Me sonrió y su propina subió a veintiuno por ciento.

No sé qué cara le puse pero soltó una carcajada súper ruidosa. Se estuvo riendo hasta que sacó un pañuelo del pantalón y se secó los ojos.

—Te dije que no te ibas a acordar cabrón.

Le contesté que no había razón para empezar a insultar a la gente y él se volvió a reír, aunque ahora menos fuerte. Después se inclinó hacia el escritorio y me miró directamente a los ojos.

—Estoy cumpliendo mi promesa, Joaquín, te dije que te iba a buscar para darte tu parte del tesoro.

Ahí me quedé callado. ¿Qué tesoro?, fue lo primero que pensé y lo dije en voz alta.

—Nuestro tesoro, joder, el que robamos; luego te mataron; lo enterré, y también a mí me chingaron. Pero ahora

lo desenterré y guardé en el banco... Ese tesoro... El de los Izaguirre de Mendoza, de Cádiz. No creo que no te acuerdes.

—A ver, espérame tantito —esta vez fue José el que interrumpió. Yo contemplaba las piernas sin medias de Lili—. ¿Cómo está eso de que te mataron y luego a él?

—A ella —corregí y ambos me miraron con cara de pocos amigos—. ¿No dijo que se llamaba Eloísa?

Aquí el viejo se entretuvo en contar su historia. Que nosotros habíamos sido bandoleros, que no marido y mujer, pero sí amantes: Joaquín y Eloísa, J y E en un tatuaje compartido en una nalga. Que habíamos estado abordo con la familia Izaguirre de Mendoza, una de las importantes familias españolas que huyeron de Cádiz a la Nueva España, buscando alejarse de un cardenal que ahora no recuerdo. En el barco nos enteramos que viajaban con una fuerte cantidad de oro. Nos hacíamos pasar por pasajeros entre Santo Domingo y Veracruz para averiguar este tipo de cosas. Para no hacerles el cuento largo —que él sí lo hizo—, se supone que nosotros asaltamos el transporte que tomaron los Izaguirre desde Veracruz hacia la capital. Como consecuencia terminé yo herido y ella me juró antes de morir que me buscaría en la próxima vida para darme mi parte del tesoro. Después dice que enterró el botín cerca de Río Frío, en lo que ahora es la autopista a Puebla. Creyó que había perdido a los soldados, pero la arrinconaron cerca de las montañas y mejor se tiró a un barranco.

José y yo nos quedamos completamente de a seis. Hasta dejé de admirar a Lili. Mona nos miraba con ojos cansados, no se veía tan sorprendido.

—Qué mamada más grande —fui el primero en reaccionar.

Mona esbozó una sonrisa tibia, condescendiente.

Eso fue lo primero que pensé y le pedí que se largara. Le dije que yo nunca había sido bandolero, ni en esta vida, ni en ninguna otra. Que para ser Eloísa se veía bastante peludito; que no me viniera a joder, que yo era una persona honesta, que mi trabajo me había costado, etcétera. Me salió lo barriobajero, pero la verdad es que estaba encabronado. Me paré y le di la vuelta al escritorio para echarlo de la oficina, aunque fuera a madrazos, pero también él se levantó y alzó las manos en son de paz.

—No te estoy jodiendo. Te lo juro. Sólo te vengo a traer lo que es tuyo por derecho. No tienes que mentarme la madre, ni nada.

—¿Qué es lo mío por derecho? —le grité.

—Tu oro, cabrón, qué va a ser. Tus lingotes. Si me acompañas al banco mañana te los doy y ahí quedamos, no me tienes que volver a ver; también yo tengo mi vida hecha. No hay bronca.

Extendió entonces la mano y puso sobre mi escritorio una moneda dorada que se veía muy antigua. Parecida a aquellas que ya sabes. No supe qué decir. Él se dirigió a la puerta y, antes de salir, me dijo sonriendo:

—Te espero en el Banamex de Misioneros, enfrente del Hotel San Esteban a las nueve y media de la mañana. Trae un portafolios grande porque no vas a salir con los lingotes en las manos, ¿verdad, cabrón?

—¿Cuándo fue eso? —José dejaba que se enfriaran sus molletes.

—La semana pasada —respondió Mona y le puso fuego a otro cigarro, haciendo caso omiso a mi mueca de disgusto: todavía no terminábamos de comer, carajo.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------|----|
| VIEJO AMOR..... | 11 |
| BUENOS VECINOS..... | 23 |
| TERAPIA MATRIMONIAL..... | 33 |
| EL TESORO..... | 59 |
| SALIR JUNTOS..... | 81 |
| EL ÚNICO REMEDIO..... | 91 |
| CUANDO TE TOCA..... | 99 |

«CUANDO TE TOCA»

DE RICARDO GARCÍA MAINOU

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JULIO 2009 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES